

LA IMAGEN DE FELIPE II EN MANUALES DE LOS SIGLOS XIX Y XX

José Luis Gómez Urdáñez

1. La recurrente, interesada reinención de la leyenda negra

El productivo artificio de la leyenda negra, conjura internacional casi eterna contra una España única y esencialmente inmutable, ha sido un trampantojo ideológico recurrente que en los dos siglos últimos no ha tributado más que una aportación importante en el campo de la Historia, el libro de Ricardo García Cárcel que lo niega definitivamente con argumentos historiográficos sólidos^{1[1]}, y otra en el terreno literario, la larga y bellísima introducción a una antología de Blanco White que hizo Juan Goytisolo en 1972^{2[2]}. La rancia polémica esencialmente decimonónica ha sido lugar común de encuentros —a veces a florete o a pistolón— de opciones políticas y religiosas opuestas, pero, casi sin excepciones, tomada como punto de partida argumental, no ha producido nada de interés para el desarrollo del conocimiento histórico y ha empobrecido el pensamiento español, más si cabe al quedar *universalmente* establecida como lema de *regeneración* tras el 98. Escribir *a la contra* no es método de historiador: al fin, acaba siendo la manera de escribir alegremente *a favor*.

Vistos desde nuestros días los argumentos empleados por los *viejos contrincantes*, generalmente muy pobres, se hace evidente que sirven más para conocer el tiempo en que fueron escritos, las condiciones políticas, ideológicas, religiosas en que se movieron sus autores —historiadores y divulgadores—, que para acercarse al lejano objeto histórico fruto de su atención y su trabajo que, frecuentemente, acaba pareciendo un pretexto, como prueba una amplia y oportuna corriente historiográfica muy actual que

* Universidad de La Rioja. Agradezco, una vez más, la ayuda de la excelente bibliotecaria de esta universidad Carmen Planchuelo.

^{1[1]} GARCIA CARCEL, R., *La leyenda negra, Historia y opinión*, Madrid, 1992.

^{2[2]} *Obra inglesa*, Madrid, 1972.

está revisando el papel de los historiadores decimonónicos y la incidencia social y política de la historia^{3[3]}.

En ese *siglo de la historia* que fue el XIX, los polemistas extrajeron de la nueva disciplina en auge *lecciones* que, revestidas con la autoridad que proporcionaba lo científico —todo debía ser científico—, aplicaban a un permanente escenario de debate político, en el que la *vieja* leyenda negra tenía cada vez menos importancia que una *nueva*, que se iba forjando *in crescendo* y que aprovechaba todo lo que viniera de un *extranjero* siempre hostil o envidioso de la gloria de España, desde la reacción contra el viejo artículo de Mason o contra su renovación después por Guizot y por los que, escandalizados, polemizaron con los Balmesianos *restauradores* de la Inquisición. Sólo como una contribución en tono menor se trató el pretendido origen filipino, que, en esta *nueva* leyenda, fue teniendo cada vez menos importancia que la decadencia, la esencia de *España una*, la polémica de la Ciencia Española, etc. (Evidentemente, nada se decía de las leyendas grotescas que aquí se trazaban contra franceses, ingleses, etc.^{4[4]}).

Muchos terciaron en las polémicas a sabiendas de que, en realidad, ese *extranjero hostil* que denunciaban era el que estaba suministrando pruebas históricas sólidas que muchas veces venían en defensa de la falsedad o inexistencia de la legendaria conjura, tanto desde la producción historiográfica con métodos científicos y exhumación de nuevas fuentes —auge de la archivística y de la paleografía—, como desde una corriente renovada de atracción por el conocimiento de España y de lo español —el hispanismo— que superaba la visión romántica y festiva y sustituía fuentes literarias y narraciones de viajeros por documentos.^{5[5]} Pero, incluso también porque el *interés nacional* suscitaba interés en otros países por los hechos históricos que, al fin y al cabo, eran también parte de su pasado. En definitiva, Carlos I había sido emperador de Alemania por más que le preocupara tanto a Menéndez Pidal y Felipe II, señor de los Países Bajos y rey de Portugal y hasta consorte del trono inglés y rey napolitano. Se hacía del rey "monarca del universo" pero luego se le encerraba en El Escorial.

^{3[3]} Un ejemplo entre muchos es el texto de dos contemporaneístas, Pasamar, G. y Peiró, I., *Historiografía y práctica social en España*, Zaragoza, 1987. También, aunque atendiendo al extremo opuesto, los análisis de Asín sobre Altamira. Véase su edic. de *La enseñanza de la Historia*, Madrid, Akal, 1997, que remite a otros trabajos suyos y a otros sobre otros historiadores. Tanto en uno como en otro y en el ya citado de García Cárcel hay material suficiente para adentrarse en esta corriente *nueva* que prima el análisis crítico del carácter y el entorno social, cultural y político de los historiadores *precursores*. Probablemente, uno de los errores de la enseñanza universitaria de la historia en los últimos veinte años ha sido no insistir en que antes del paréntesis franquista hubo periodos con una historiografía perfectamente homologable y de la que no se podía prescindir.

^{4[4]} Debería hacerse un estudio de estas opiniones empezando por el XVIII. Los calificativos agotarían el diccionario.

^{5[5]} V. GARCIA CARCEL, R., *op. cit.* espec. el capítulo "El nacimiento del hispanismo francés", p. 184 y ss. y NIÑO, A., *Cultura y diplomacia. Los hispanistas franceses y España, 1875-1931*, Madrid, 1988.

Con excepción de la euforia liberal de la Europa *revolucionaria*, a lo Victor Hugo o Schiller, y de los escasos periodos de colaboración en la "lucha de los españoles contra las cadenas" que ha habido en el vecino país, la "ayuda exterior" provenía, en su mayor parte vía Francia, de la trinchera *neocatólica* en renovada pugna contra el protestantismo y el laicismo, por lo que la España de la Restauración la aceptaría sin reparos. Lo haría expresamente, por ejemplo, Fidel Pérez Mínguez, bibliotecario de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, que reconocía en 1925 que "las naciones" estaban haciendo justicia a Felipe II y solicitaba que en España se hiciera lo mismo. Preparaba la celebración del centenario del nacimiento del rey dos años después y deseaba darle un aire europeo: presentar la vindicación de Felipe II no sólo desde España. Las cartas del rey a las hijas publicadas por Gachard, el libro de Mignet, —con reparos por la benevolencia hacia Antonio Pérez— y otros eran puestos como ejemplo de que tras los Pirineos la historia *también* hacía justicia. La nota al contrario, *el Felipe II* de R. Crauzel publicado en París en la serie "Los tiranos", era despachada por el autor con un "tenía que suceder" no exento del orgullo de quien puede contraponer muchos más libros y argumentos sólidos, también de origen parisino, a los *inevitables*.^{6[6]}

La recepción de libros extranjeros que combatían la visión tópica fue constante, sin embargo el "extranjero" seguía siendo *históricamente* hostil, envidioso o despreciativo o —incomprensiblemente— las dos cosas a la vez; a veces, los propios historiadores extranjeros que entraban en la polémica la iniciaban con una crítica historiográfica con pretensiones de rigor e independencia en la que se analizaban los textos que corrían en sus países, como debía hacer Louis Bertrand, por ejemplo, en 1929. "Importa en extremo —decía— purgar nuestro intelecto de todos los prejuicios que corren entre nosotros, tanto contra España como contra Felipe II". Después, revisaba la historiografía al uso en Francia: la biografía de Forneron —cuidadosa compilación pero con los temidos tópicos contra España—, la obra de Mignet — con las "prevenciones de un burgués liberal del tiempo de Luis Felipe"—, etc. mientras reservaba para los conocidos versos de Victor Hugo y los lugares literarios frecuentados por el *rey negro* las críticas más acerbas.^{7[7]} No debía ser suficiente, al parecer.

Tras la II República, continuaría la importación aunque, lógicamente, cambiaría el signo, sobre todo mientras duró la guerra mundial. Durante los primeros años de la postguerra, se publicaron libros de autores italianos y alemanes de los años treinta, francamente defensores del fascismo, en una reacción lógica contra los hispanistas de los países aliados *enemigos*, especialmente los franceses que fueron silenciados por mucho tiempo. Más pobres historiográficamente que los de los hispanistas franceses de antes de la guerra, estos *neoimperiales* reivindican la historia Moderna de España desde posturas francamente irracionalistas —Imperio latino-germano^{8[8]}, justificación de la

^{6[6]} PEREZ MINGUEZ, Fidel, *Psicología de Felipe II*, Madrid, edit. Voluntad, 1925

^{7[7]} BERTRAND, Louis, *Felipe II, un asunto tenebroso*, Madrid, Edic. Literarias, 1931, trad. de la edic. francesa de 1929.

^{8[8]} Un tema ya recurrente de las derechas durante la República, rebrotado luego. "Tras el nacionalismo estrecho, mezquino, de los que son derrotados en Villalar"... , "El imperio

fuerza y de la crueldad^{9[9]}, confusión Estado-catolicismo^{10[10]}, militarización universal, etc.— y, frecuentemente y de forma explícita y beligerante, políticas^{11[11]}. La propia Iglesia del Franquismo iba a rechazar pronto, después de los "años germanófilos", ciertos extremos, volviendo al monopolio *menendezpelayista*, pero los excesos continuaron en los aspectos políticos a pesar del giro de alianzas posterior a la contienda. Los prólogos de los traductores siguieron haciendo referencia a los argumentos fascistas — falangistas— y, desde luego, fueron el lugar ideal para mantener y aún acrecentar —por obvias razones, en medio de la autarquía y del fin de los sueños imperiales germanófilos— la sempiterna tragedia de la hostilidad del mundo contra España. A veces aún se recordaba la "ayuda externa" con argumentos chuscos

"muchos de estos brillantes apologistas de España y de sus actuaciones históricas ni siquiera son españoles. Mejor que mejor. Más imparcialidad en sus afirmaciones y más mérito para la madre Patria".^{12[12]}

germánico es el crisol donde la civilización occidental ha de fundir lentamente —tan lentamente que la fusión no concluyó todavía— los residuos de invasiones eslavas de asimilación tardía". RODRIGUEZ URBANO, Comandante, *La España de Felipe II*, Barcelona, Edit. Araluce, 1935. Otro ejemplo: "El Reich viene a ser —al menos en la zona del sentimiento— una verdadera 'continuatio' de aquel (el imperio Romano)" o, del mismo: "el sueño de Felipe II ya no es Europa como para Carlos sino la Atlántida". BENEYTO PEREZ, Juan, *España y el problema de Europa, Contribución a la historia de la idea de Imperio*, Madrid, Editora Nacional, 1942. La mayor apología de los imperialismos nazis y fascistas con base histórica, ELORDUY, Eleuterio, S.l., *La idea de Imperio en el pensamiento español y de otros pueblos*, Memoria premiada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en el Concurso ordinario de 1939-41. Madrid, 1944.

^{9[9]} "En la lucha disgregante que el siglo traía consigo, Felipe fue implacable. Estaba convencido de que no existía más que un modo de gobernar: el de la fuerza". Más aún: "la partida que juega (Felipe II), cuidando tan solo de que no le den jaque mate, es una partida a distancia, con números y cifras convencionales. Tres millones de flamencos condenados a muerte no son más que unas piezas que se tiran en la caja..." GIARDINI, Cesare, *El trágico destino de Don Carlos (1545-1568)*, Madrid, Barcelona, Buenos Aires, Editorial Juventud, noviembre de 1940, trad. Fco. Javier Garriga, primera edición en italiano, Milán, 1933, p. 51.

^{10[10]} "Felipe II, defendiendo la religión Católica, defendía al Estado", *ibid.*, p. 51.

^{11[11]} Por ejemplo, en medio de una biografía de Felipe II, en la que ya se le ha defendido al rey —"ejercer la tiranía es privilegio de cualquier personaje poético"—, y a una peculiar filosofía de la historia —"disposición para la tragedia, para la totalidad"—, se lanza la siguiente exclamación: "¡Qué renuncia significa Weimar! ¡Qué huida!" SCHNEIDER, Reinhold, *Felipe II o Religión y Poder*, trad. del alemán por Martín Almagro, Madrid, 1943.

^{12[12]} HERNANDEZ C.M.F., Antonio, *Eternidad de España*, Madrid, Edic. Cultura Hispánica, 1958, p. 10. Otro ejemplo: el profesor Almagro, como prologuista decía que Felipe II era el "blanco preferido de nuestros enemigos", pero, "hoy, con plumas extranjeras podemos ver defendida su figura ejemplar". SCHNEIDER, Reinhold, *op cit.*

Pero, fue más frecuente el lamento o el vocerío de tinte militarote y bizarro. El "patriótico empeño" (sic) de traducir una biografía de Felipe II del alemán R. Schneider le producía al traductor y prologuista los siguientes pensamientos que son un buen reflejo de la *nueva* situación:

"Cada vez es más cierto que tal es nuestro destino: o el ser atacados y también defendidos, siempre concediéndonos una categoría de pueblo esencial y creador en el mundo, cuando representamos y servimos a un orden ecuménico católico y monárquico del cual Felipe II será el cenit más esplendente; o el vernos despreciados, cuando nos hemos hecho seguidores de una Europa que solo daño nos ha producido y, además, nos ha ultrajado y vilipendiado despectivamente como cosa inservible e ingrata" (...)

"o somos señores con lo nuestro o seremos esclavos tras lo ajeno". ^{13[13]}

Una vez más la España vencedora en su guerra y vencida e incomprendida en el escenario internacional postbélico de los años 40 se demostraba a sí misma el fatum menendezpelayano: "*Europa en pie de venganza frente a España sola*"^{14[14]}. Una vez más se materializaba de nuevo aquella vieja leyenda negra *inventada* en 1914 por J. Juderías, siguiendo los pasos del maestro D. Marcelino, para "vindicar el buen nombre de España, demostrando que ha sido víctima del apasionamiento de sus adversarios"(así en el prólogo a Alfonso XIII) y con un subtítulo elocuente: "*Estudios acerca del concepto de España en el Extranjero*"^{15[15]}. La vieja leyenda negra volvía a tomar cuerpo todavía en enero de 1976, en la Fundación Universitaria Española, donde pudo oírse una conferencia titulada "*La leyenda negra no se ha extinguido*" que su autor proponía como un capítulo de un pretendido libro suyo que titularía "*Felipe II muere en el Escorial y resucita en el Kremlin*".^{16[16]}

Era el último renacimiento de la Leyenda negra, tan grotescamente argumentado esta vez que quedaba claro que lo menos interesante era la

^{13[13]} ibid.

^{14[14]} VALLS MONTÉS, Rafael, *La interpretación de la Historia de España y sus orígenes ideológicos en el bachillerato franquista*, Valencia, ICE, 1983, prol. de P. Ruiz Torres.

^{15[15]} Reeditada por la Junta de Castilla y León, con una "nota editorial" anónima, dentro de la colección "Libros recuperados", JUDERIAS, J. *La Leyenda Negra. Estudios acerca del concepto de España en el extranjero*, Salamanca, 1997.

^{16[16]} Todo ello entre loas al recién fallecido Caudillo y críticas a la *antiespaña* personificada en los hombres del exilio, personificados en Indalecio Prieto (!). CALLE ITURRINO, Esteban, *La leyenda negra no se ha extinguido*, Madrid, FUE, 1976, con presentación de L. Morales Oliver. No pasará inadvertido que por entonces se había lanzado el grito "La guerra civil no ha terminado" y que pocos meses antes se celebraba en la plaza de Oriente una gran manifestación contra la *Anti-España*. La hostilidad *universal* contra la Patria se había vuelto a producir. Fatalmente para el futuro de la leyenda negra, la democracia española se abría rápidamente camino en el concierto de las naciones.

historia. Nunca había significado la puntual denominación de unos sucesos históricos acotados, los ocurridos en el reinado de Felipe II en su origen, que, cuando se analizaban sin pretensiones, podían explicarse con rotunda sencillez, como lo hacía, por ejemplo, J. Caro Baroja:

Las guerras de los Países Bajos (...) han sido la causa de que España fuera un país impopular en el norte de Europa. El protestantismo había hecho una enorme cantidad de prosélitos en lo que hoy es Holanda, y la decisión de introducir el Santo Oficio para castigar a los herejes provocó la sublevación; en esto se hallan de acuerdo los historiadores testigos o protagonistas de estas guerras (como don Bernardino de Mendoza) y los historiadores más modernos y adversarios de Felipe II, los cuales, a mi ver, confunden demasiado los intereses de la casa de Austria con los intereses de España."

Y, fiel a su "*ni don Pedro fue tan cruel ni Rodrigo tan miserable*", relativizaba las pasiones:

"hay que convenir que los católicos de la zona que corresponde hoy a Bélgica, poco más o menos, no demostraron aquella furia antiespañola que se advierte en los escritores protestantes y en algunas narraciones populares, y que la convivencia de las familias flamencas, brabantonas, etc. con las de oriundez peninsular fue larga y provechosa para unas y para otras".^{17[17]}

Pero, pocas veces interesó la sencillez y la dialéctica; se prefirió tener un arma arrojadiza siempre dispuesta en forma de síntesis multiseccular de una España *permanente*, en la cual todos los periodos históricos quedaban dominados por la *sempiterna cruzada contra los seculares enemigos* etcétera; finalmente, un algo inexplicable hacía que todos los esfuerzos acabaran en derrota —una más— tras la que sobrevénía una especie de postración general arrostrada hasta los denominados, con cierta oculta intención de atemporalidad, "nuestros días". En su última y más triste etapa, la dictadura franquista, a toda esta serie de lugares comunes se unirán dos, ya conocidos pero ahora obligatorios: el destino en forma del *fatum de la decadencia* y la unidad atemporal de la patria única.

Si el segundo concepto no podía pasar siquiera a los manuales oficiales de bachillerato salvo de manera encubierta^{18[18]}, determinar cuándo ocurrió el

^{17[17]} CARO BAROJA, Julio, *El Señor Inquisidor y otras vidas por oficio*, Madrid, 1968, pp. 177-178.

^{18[18]} No hay que decir que entre los escritores de manuales de instituto hay ejemplos de una

comienzo del declinar y justificarlo invocando causas diversas fue siempre trascendente y motivo de polémica aún en las alturas. Los ilustrados del XVIII, que concibieron una España más *discreta* —esto es, sin imperio— habían dejado claro que la Decadencia era el periodo anterior sin removerlo demasiado; les interesaba más entender —inventar— España que escudriñar en la obviedad de un pasado imperial agotador y evidentemente irrepitable. Lo mismo harían los primeros liberales, esa burguesía revolucionaria magníficamente encarnada en los versos de Quintana, que debía de nuevo *inventar* tras una guerra soluciones nuevas al problema real de la España que tenían. Sin embargo, buena parte de la burguesía conservadora que salía de la crisis de 1868-75 revisaría el concepto y la periodización de la decadencia; en cualquier caso, no admitiría una decadencia *general*. Ya había dejado claro Menéndez Pelayo que incluso en esa época triste el genio hispano no había dejado de alumbrar al mundo. Buen discípulo, el propio Juderías trasladaba la Decadencia a los siglos XVIII y XIX, pero, en adelante, habrá quien la lleve a sólo el siglo XIX, el siglo del "infraliberalismo" y la masonería. Ignacio Olagüe, que empezó a escribir parte de su obra en 1939, decía: "Dedicaremos nuestros esfuerzos a demostrar que no ha existido decadencia alguna en España en los siglos XVI, XVII y XVIII"^{19[19]}. Arremetía después contra Ortega, quien en su España invertebrada se había atrevido a fijar el comienzo del declinar en el vigésimo año del reinado de Felipe II, "la divisoria de los destinos peninsulares" y, en fin, poetizaba así:

" Es el triste espectáculo de un larguísimo, multiseccular tono laborado periódicamente por ráfagas adversas que arrancan del inválido ramaje, enjambre de hojas caducas".^{20[20]}

No se salvaba ni el mismísimo Cánovas, de quien decía que los franceses "le sorbieron el seso", lo mismo que hacía Beneyto, descalificándolo por ser de los políticos que "se meten a historiadores (...) en las vacaciones de sus turnos de mando". Este catedrático de la Universidad de Salamanca, que decía en 1942 que "El Reich viene a ser —al menos en la zona del sentimiento— una verdadera 'continuatio' de aquel (el imperio Romano)", no podía soportar que D. Antonio Cánovas hubiera escrito que "la grandeza de los siglos XVI y XVII fue casual y no puede repetirse"^{21[21]}.

gran dignidad, no exenta a veces de valentía.

^{19[19]} OLAGÜE, I., *La decadencia española*, Madrid, 1950, p. 16.

^{20[20]} *Ibid.*, p. 696.

^{21[21]} BENEYTO PEREZ, Juan, *España y el problema de Europa, Contribución a la historia de la idea de Imperio*, Madrid, Editora Nacional, 1942, p. 363

2. Felipe II: ¿una biografía científica imposible?

Durante el siglo XIX se produce la gran contradicción entre el apogeo de la difusión popular de leyendas históricas afectas a los diferentes ismos, romanticismo, nacionalismo, liberalismo, y la culminación del proceso intelectual y político que lleva a la historia a constituirse como ciencia y a dotarse de métodos científicos. Se trata, claro está, de la censurada (tantas veces sin saber bien de qué se trata) historia positivista, es decir: de la ciencia que como las otras, las reverenciadas ciencias físicas y exactas, exige la prueba (documento) para asentar un hecho (dato) —a la manera de un científico— y hasta se plantea obtener leyes a la vista de las relaciones (causalidad) entre los datos probados. No cabe duda de que una de las principales misiones de esta *nueva* ciencia iba a ser la revisión de los hechos legendarios recogidos en todas las historias al uso, bien encontrando pruebas de su falsedad intencionada, bien reinterpretando o descubriendo nuevas fuentes que, una vez pasadas por el tamiz de la *crítica histórica* —el gran matraz—, probaran nuevos hechos. Para su desgracia, si la labor de búsqueda y cotejo (investigación) ya parecía compleja, muchos de los hechos más trascendentales presentaban una dificultad aneja, que sobre todo afectaba a los grandes personajes históricos: habían sido pasto de la inmortalizadora literatura y deformados por la mentalidad popular —o para ser más sinceros, por la *pasión* política y el *sentimiento* religioso— que, como era y sigue siendo evidente, no cambian al compás de la publicación de los hallazgos y comprobaciones históricas. Los propios historiadores, hombres de su tiempo — y muchas veces, involucrados en la política activa— sucumbirían naturalmente a *la necesidad*.

La historia se enfrentaba en el género biográfico, sobre todo cuando trataba figuras arquetípicas como la de Felipe II, a un problema sin solución y así lo vieron muchos autores: "El Felipe de Schiller permanecerá invencible a pesar de todas las investigaciones históricas", decía derrotista R. Schneider.^{22[22]} Fernández Asis, también desesperanzado —"para el hombre de la calle (Felipe II) siempre será un fantasma vestido de luto, un corazón hostil a la ternura e implacable a la venganza"—, solicitaba de los historiadores en una "primera misión"

"expulsar de la república literaria a esta sombra vana y aposentarla en el humilde nicho en donde purgada de sus supuestos pecados pueda esperar confiadamente la absolución universal".^{23[23]}

^{22[22]} SCHNEIDER, R, *op. cit.*

^{23[23]} FERNANDEZ ASIS, V., *op. cit.*

Lo mismo hacía Fidel Pérez Mínguez en 1925 repasando las obras literarias que trataban la figura del Prudente, desde la de Jiménez de Enciso, un drama del XVII, al *don Carlos* de Schiller y a *El haz de leña* de Núñez de Arce, pasando por el Lope del *Castigo sin venganza* o la tragedia de Otwey de 1673. Veía realmente abrumador el daño

"¿Qué mucho que los fueros poéticos se sobrepongan a la ciencia histórica en las masas populares?"

Pero exclamaba: "Y sin embargo hay que imponer la verdad aunque sea a contrapelo." Una verdad que debía ya entonces contrarrestar la que, según el autor, "aprendimos de chicos" en referencia a los textos de Castelar — "Encendimos las hogueras de la Inquisición, arrojamos a ellas nuestros pensadores, los quemamos y después ya no hubo de las ciencias de España más que un montón de cenizas"— o de Echegaray:

Echadas como al azar

en una plaza sin forma

una horrible plataforma

una pira y un altar.

Después, el pueblo que ruge

un verdugo que da fuego

un humo que deja ciego

y mucha leña que cruje".^{24[24]}

Con Felipe II, si cabe, el problema tenía más difícil solución, pues los propios historiadores, aún declarando su objetividad, rigor, sometimiento al documento, no podían escapar del maléfico influjo que seguía produciendo la leyenda antiespañola cuando además era el propio rey el que la había iniciado. A pesar de las declaradas buenas intenciones *metodológicas*, la práctica totalidad de los biógrafos de Felipe II acababa enredada en la polémica y, como no, formando opinión de manera más o menos maniquea. El propio Pérez Mínguez, que reiteraba el valor de la prueba como buen jurista y seguidor de Hinojosa —"no serán los documentos la historia, pero son sus luminarias, sin las que no se puede caminar por ella sin tropiezos, vacilaciones e inexactitudes", advertía—, terminaba por someterse a la *obligatoria* vindicación y justificación de los actos del rey. Véase, por ejemplo, este juicio:

^{24[24]} PEREZ MINGUEZ, Fidel, *op. cit.* En otro lugar (infra) dejamos claro que su verdad era un rotundo panegírico y una total exculpación.

"Bien es verdad que el antiguo secretario (Pérez) mereció el pago merecido, ya que, después de obtener las cortes de Francia e Inglaterra los secretos y noticias de la temida España que más les interesaba, desconfiaron a su vez de Pérez y le abandonaron en *el mayor desprecio que es el castigo que se labran los felones*"

Para justificar la muerte de Carlos y después de haber intentado quitarle importancia con el argumento de que nadie habló de ello en su tiempo, empleaba con torpeza la justificación indirecta mediante la comparación:

"Leovigildo, Juan II y Pedro el Grande, entre otros monarcas quienes por diversas causas políticas o religiosas persiguieron a sus hijos hasta causarles la muerte"

En fin, en el caso de Escobedo-Pérez, el rey tenía ante sí

"un modelo tristísimo para los que sientan desatarse las ligaduras que sujetan el nido de incruentas pasiones que la desgraciada humanidad lleva en su pecho y de cuya administración habrá de salir responsable ante Dios"

Para los que no utilizarían argumentos morales, tan rechazables por la gran historia científica y por ello positiva, quedaba siempre la *historia comparada*, una manera de culpar al tiempo, a la época: "Felipe —se ha dicho— fue despiadado, pero los tiempos no lo fueron menos"^{25[25]}. El propio Lafuente la empleaba a menudo:

"Toleraríamos que los escritores extranjeros retrataran con tan negros colores a Felipe II y ponderaran su tiranía, su fanatismo y sus maldades si no tuvieran delante en su mismo siglo a un Enrique VIII de Inglaterra, que sacrificó la religión de todo un Estado, la dignidad y el decoro del trono a la pasión lasciva de una mujer (...); a ese desenfrenado déspota que arrojó del trono y del tálamo a una reina legítima para llevar al trono y al tálamo a una manceba desalmada, que decapitó después".^{26[26]}

^{25[25]} GIARDINI, C., *op. cit.*, p. 47.

^{26[26]} Cit. en SAN JOSE, Diego de, *El abogado del diablo, Breviario histórico de la vida de*

Lo que no iba a evitarle al historiador adversas críticas, como ocurría con los que no forzaban el panegírico del rey: "Nuestros Modestos lafuentes no vacilaron en inclinarse hacia la pintura negra", decía el ya conocido Fernández Asís, o, al contrario: "Lafuente, los profesores Sánchez Moguel, Ballesteros y los demás contemporáneos, de filiación algo absolutista", en opinión del republicano Navarro de Palencia.^{27[27]} Pues, como era presumible, la literaturización de los hechos históricos no era el único obstáculo. Las pasiones políticas y religiosas, aún más la pasión nacional en sus diversas formulaciones, excitadas más si cabe ante las complejas relaciones exteriores españolas y por el *problema* interior —republicanismo, laicismo, nacionalidades—, dificultaban en grado sumo la labor científica de los historiadores, pero no sólo de los españoles. Plegados a las coyunturas políticas, a veces obligados, otras entusiastas, los historiadores transfirieron a sus *Felipes II* toda clase de imágenes prototípicas, desde las de índole personal —las cartas familiares^{28[28]} que lo proponen como padre dilecto y marido ejemplar y tiernísimo^{29[29]}, por ejemplo— a las más extremadas, éstas, sobre todo, en materia política o religiosa.

Felipe II, Madrid, edic. Renacimiento, s.a. ¿1927?

^{27[27]} NAVARRO DE PALENCIA, Alvaro, *La grandeza de Felipe II*, Madrid, 1935.

^{28[28]} Hay muchas ediciones. El franquismo retoma el asunto ¿como no?, ya en 1943-44, por ejemplo, *Cartas de Felipe II a sus hijas*, con prólogo de Luisa Elena del Portillo, Madrid, Lepanto, 1943? y 1944. En Francia se habían publicado en el XIX, por M. Gachard, *Lettres de Philippe II a ses filles les infantes Isabelle et Catherine écrites pendant son voyage en Portugal (1581-1583), publiées d'apres les originaux autographes conservés dans les archives royales de Turin par ...* Paris, 1884. Una autor español no demasiado enterado como es el presbitero y auditor de la Rota, que dedica su obra al mismísimo Jesucristo "rey de reyes", las conoce y las cita a principio de siglo, evidentemente como prueba de la bondad del padre amantísimo. V.FERNANDEZ MONTAÑA, José, *Más luz de verdad histórica sobre Felipe II el Prudente y su reinado con documentos inéditos y descripción novísima del Escorial, por...* Madrid, Librería Católica de D. Gregorio del Amo, 1911, 2 edic. corregida y aumentada. Por el otro lado, el de los historiadores con documentos, el tema también es inevitable. Véase por ejemplo el ya citado PEREZ MINGUEZ, Fidel, *Psicología de Felipe II*, Madrid, edit. Voluntad, 1925, espec. pp. 212 y ss., un buen historiador, conocedor de fuentes directas y muy informado, que de las cartas extrae como carácter del rey "un espíritu selecto, tierno, delicado y poeta, que ama las flores, que no olvida los rincones de la delectación de sus tiernos hijos, que desea verles alegres y busca sus caprichos y les hace reir y gasta bromas y les cuenta sucedidos amenos..." (p. 212).

^{29[29]} En el asunto del príncipe Carlos el rey es frecuentemente presentado como padre sufriente que toma decisiones dolorosas. A veces, con rotundidad ejemplarizante: "cuando es preciso encerrar a su hijo lo encierra; y cuando la cabeza de Lanuza ha de cortarse por imperativo de la tranquilidad de los reinos, la corta". FERNANDEZ ASIS, V., *op. cit.* Otras veces, se ensalza el secreto con que supo ocultar los hechos: "Una medida de discreto pudor impidió que en el futuro quedasen (los papeles que manda destruir el rey sobre el proceso al príncipe Carlos) abiertos al fisgoneo, bien de los eruditos o bien de mentes malévolas". CRUCES POZO, José, *Felipe II*, Madrid, Temas españoles, 1956. En general, es uno de los hechos que más tiende a silenciarse.

Es aquí donde los textos de historia se convierten en lugar de recepción de toda clase de excrecencias. Veamos algunas, empezando por esta perla de un catedrático de instituto gaditano, sólo a título de curiosidad:

"También era muy aficionado al ajedrez, en que se ejercitaba con el famoso ajedrecista Ruy López e Segura, cura de Zafra y autor de un celebrado libro acerca de dicho juego en que se define un planteo conocido en todo el mundo con el nombre de el rey López o salida española. Con la muerte del gran maestro español pasó el campeonato del ajedrez a Francia, donde lo ejerció Philidor hasta que apareció el norteamericano Morphi, verdadero genio del ajedrez, a quien ni antes ni después ha igualado nadie, pero le han seguido de cerca el alemán Anderssen, el bohemio Stemitz, el germano-británico Saker y el español Celso Golmayo"^{30[30]}

El académico francés Bertrand es un buen caso de contradicción entre el pulcro historiador, que comienza por presentarse objetivo como ya hemos visto, y el proselitista más audaz, que no dudará en presentar al rey como un "excelente obrero de la civilización occidental" que "resistió a todo fiel a un ideal, el más heroico de su vida: resistir a los revolucionarios y a los iconoclastas, defender en el pasado lo que es la condición misma del porvenir, de la vida de un pueblo o de una raza". En fin, para el *objetivo* historiador, Felipe II es un modelo para oponerse nada menos que a los bolcheviques:

"es uno de los contrarrevolucionarios más enérgicos que pueda verse, uno de los que al defender el pasado saben preparar y conducir el porvenir, que por toda su conducta y toda su acción demuestran que en la historia no hay movimientos irresistibles, que se puede cerrar el camino a todas las revoluciones y que se es siempre vencedor cuando se sabe querer serlo".

Así pues, "Felipe II merece el respeto si no la admiración".^{31[31]}

El mismísimo Sánchez Albornoz llegó a establecer el paralelismo de la política filipina con la de la Casa Blanca

^{30[30]} MORENO ESPINOSA, Alfonso, *Compendio de Historia de España distribuido en lecciones*, Barcelona, 1912, 12ª edic, p. 369.

^{31[31]} BERTRAND, L., *op. cit.*

"Con ojos y con sensibilidad de hombres de hoy podemos comprender a Felipe II mucho mejor que nuestros abuelos. La política de El Escorial prefiguró la de la Casa Blanca en la defensa de ideales...".

Mientras, Lapeyre habla de "una quinta columna" y Joseph Perez no puede evitar hacer pensar al oyente —ha de tenerse en cuenta el tono didáctico de una conferencia— en la "guerra fría":

..."como las guerras del mismo tipo que hemos conocido en nuestros tiempos, en las que motivos políticos e ideológicos van íntimamente mezclados, la guerra de Flandes acabó por la división del territorio en dos Estados distintos, el uno católico, que quedaba bajo la influencia española, el otro protestante que contaba con la protección de Inglaterra".^{32[32]}

En definitiva, Felipe y su época han acabado por ser el gran estereotipo, que puede aprovecharse para todo; hasta para insultar a las generaciones venideras. Véase por ejemplo como lo hace el maestro, el sr. Menéndez, en un texto luego "seleccionado" nada menos que por Jorge Vigón para su conocido libro:

"Nunca se escribió más y mejor en España que en esos dos siglos de oro de la Inquisición. Que esto no lo supieran los constituyentes de Cádiz ni lo sepan sus hijos y nietos tampoco es de admirar porque unos y otros han hecho vanagloria de no pensar, si sentir ni hablar castellano".^{33[33]}

En la misma línea, Ramiro de Maeztu había sido aún más rotundo:

"En España no se concibe un patriotismo integral que no nazca de un pecho católico"

Aunque en punto a descalificaciones no quedaba atrás Antonio Hernández que vertía el siguiente desafío:

^{32[32]} En KAMEN, H. Y PEREZ, J., *La imagen internacional de España*, Valladolid, 1980. Se trata de dos conferencias pronunciadas por los autores.

^{33[33]} Cit. en VALLS MONTÉS, Rafael, *La interpretación de la Historia de España y sus orígenes ideológicos en el bachillerato franquista*, Valencia, ICE, 1983, prol. de P. Ruiz Torres, p. 57. La referencia a Vigón es por su difundida obra: VIGÓN, Jorge, *Historia de España seleccionada en la obra del maestro Marcelino Menéndez Pelayo*, Madrid, edit. Fax, 1946, 5ª edic.

"El que trate de un modo laico —permítaseme la frase— esos acontecimientos de la mayor altura de aquel nuestro Dorado Siglo, no conoce ni a España ni a los españoles. No ha penetrado hondo en su esencia." ³⁴[34]

En el campo contrario los alegatos podían llegar a ser igualmente furibundos, aunque normalmente los liberales y luego los republicanos se volcaron más contra la práctica política filipina, contra los métodos dictatoriales, crueles y absolutistas del rey. Sobre el personaje contaban de antemano con la ingente obra literaria, capitaneada por Quintana, que pintaba así a Felipe:

"La aleve hipocresía

en sed de sangre y de dominio ardiendo

en sus ojos de víbora lucía.

El rostro enjuto y míseras facciones

de su carácter vil eran señales

y blanca y pobre barba las cubría

cual yerba ponzoñosa entre arenales".

O también con los más terribles versos, los de Victor Hugo, en los que el rey era "Satan régnant au nom de Jésus Christ", "un être effrayant qui semble ne rien voir (...), spectre blême". Pero, en el ámbito histórico, partían de una historiografía relativamente sólida y bastante aceptada en general en ese lado, que tenía como hito la *Historia de España* de Modesto Lafuente, escrita a mediados de siglo y continuada luego por Valera, Borrego y Piralá, de la que salieron un sin fin de *Historias de España*. ³⁵[35] Del ambiente filohistórico de este primer liberalismo da idea el concurso de nombres como Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano, luego el propio Cánovas, etc. Más interesados por la dicotomía rey-súbditos y por las prácticas políticas que por las truculencias filipinas que deleitaban a sus amigos poetas y dramaturgos, estos historiadores románticos impondrán un Felipe II imperial y autoritario contra las libertades y el pueblo que definitivamente perdió en Villalar. El más extremado es un autor

³⁴[34] HERNANDEZ C.M.F., Antonio, *Eternidad de España*, Madrid, Edic. Cultura Hispánica, 1958, p. 13.

³⁵[35] GARCIA CARCEL, R., op. cit., p. 171 y ss. En general, la obra de Lafuente seguía siendo referencia permanente incluso de los autores más folletinescos o extremados. Por ejemplo, Diego de SAN JOSE en *El abogado del diablo...* (vid. infra)

mucho menos conocido que Lafuente, don Evaristo San Miguel, que en 1844 publicaba una biografía de Felipe II en la que, en efecto, el pueblo había olvidado "los últimos alientos de libertad e independencia ...en los campos de Villalar" y era preso de "ciega sumisión" al trono absolutista y a la religión. Con desprecio, Evaristo San Miguel, que decía que la historia era "un estudio serio y grave", rechazaba a ese pueblo con el siguiente juicio:

"Un pueblo que vive de esta suerte suministra pocos objetos de curiosidad y no está calculado para ocupar en gran manera la musa de la historia".^{36[36]}

En definitiva, entre liberales y republicanos el interés derivó más hacia la polémica política tanto por necesidad de encontrar *contramodelos* de acción política como por ofrecer al público causas de la sempiterna tiranía que había que evitar en los escasos periodos de "conquista de las libertades". El mejor ejemplo lo ofrece el republicano Alvaro Navarro de Palencia que explica francamente sus condicionantes. Había empezado a acopiar material para su Felipe II cuando se intentaba montar el centenario en 1927, con el que se pretendía "engrandecer artificiosamente su figura (la de Felipe) y ofrendarla a la indocta muchedumbre con todas sus excelsitudes imputables al Poder que, a título hereditario y para desgracia de la humanidad, hubo de ejercer por más de medio siglo". El acto fracasó y arrinconó sus notas. Luego, "el legítimo regocijo" de abril de 1931 le hizo ver que no era oportuno darlas a la luz. Pero, disueltas las Constituyentes, "la fenecida monarquía tremoló nuevamente bandera" y, llegada la reacción "en forma de patria, religión y tranquilidad espiritual", se decidió, en 1935, a dar a la imprenta su "*La grandeza de Felipe II*", un título irónico evidentemente. Todavía en esa fecha decía con rotunda franqueza: "La tentativa de la dictadura primorriverista, causa del presente trabajo,..." Y, con intención de clarividencia política, añadía:

Un estado de privilegio poseído a través de los siglos con la violencia y el engaño no abandona fácilmente sus posiciones (...); la intriga fraguada contra las verdaderas esencias democráticas, se deshaga impotente ante el resplandor de la verdad !hay que mantenerse en guardia!".^{37[37]}

Navarro de Palencia entraba directamente en el personaje pertrechado con una doctrina criminológica nueva que de la mano de Lombroso, Ferri, Garófalo, hacía tiempo había tenido predicamento^{38[38]}. El mismo había escrito una

^{36[36]} SAN MIGUEL, Evaristo, *Historia de Felipe II rey de España por...*, Madrid, edic. Ignacio Boix, 1844, p. 375.

^{37[37]} NAVARRO DE PALENCIA, A., op.. cit.

^{38[38]} Véase al respecto MARISTANY, Luis, *El gabinete del doctor Lombroso (Delincuencia y fin de siglo en España)*, Barcelona, 1973.

Sociología criminal, cuyas claves aplicaba ahora a Felipe II con el siguiente resultado:

"presunción, hoy transformada en convencimiento de que este rey fue un caso típico y definido de constitución delincuente".

Felipe es un "loco moral y delincuente nato" según la tipología lombrosiana — "Pazzia morale e delincuente nato"— "forma frenopática" que,

"cuando plasma en individuos de clases elevadas o estirpe mayestática, como en el caso presente, personalizan un periodo histórico más o menos brillante, aunque pasado éste, la investigación científica sabe descubrir la anormalidad que trató de encubrirse con la hojarasca de los artificios gloriosos".^{39[39]}

Años antes del "diagnóstico" de Navarro, en 1927, se había publicado *El abogado del diablo*, de Diego de San José. El autor, prolífico escritor de novelas, dramas y poesías, avanzaba su intención de "demostrar, hasta donde alcancen mis escasas dotes persuasivas, refrigeradas (sic) en los más puros manantiales de la libertad de conciencia y de pensamiento, que no fue (Felipe II) ni siquiera buena persona". Para ello, el autor se propone como "abogado del diablo" en la "canonización política del verdugo de Flandes", en clara referencia a los actos de conmemoración del centenario de 1927. Con esa intención pasa revista a los hechos más importantes de la vida del rey con resultados como el siguiente:

"Y quédese en el tintero el secreto fin del príncipe don Carlos, aunque si es cierto que él tuvo parte Felipe II, a pesar de lo monstruoso del hecho tengo para mi que fue ésta una de las pocas cosas justas que hizo en todos los días de su vida, porque el indeseable heredero llevaba trazas de mejorar en tercio y quinto a su padre".^{40[40]}

En definitiva, si Evaristo San Miguel, el historiador isabelino ya decía en 1844 que en punto a historiadores "fue más afortunado Carlos que Felipe" y que "pocos hombres han sido efectivamente más que este último blancos de parcialidad, de prevención, de mala fe por parte de los historiadores"^{41[41]}, el

^{39[39]} *ibid.*, p. 269.

^{40[40]} SAN JOSE, Diego de, *El abogado del diablo, Breviario histórico de la vida de Felipe II*, Madrid, edic Renacimiento, s.a. ¿1927?

^{41[41]} SAN MIGUEL, Evaristo, *Historia de Felipe II, rey de España por...* Madrid, ed. Ignacio

siglo que le seguiría iba a mejorar las cosas en cuanto a los historiadores profesionales —es innegable—, pero poco iba a avanzar en la formación serena de opinión. Felipe II era constantemente compelido a la polémica. En parte llevaba razón Kamen al decir que Felipe perdió la guerra de propaganda, pero no tanto por lo que respecta a la *guerra* de su tiempo, en la que prefirió un camino con visos de éxito seguro como fue el que marcaba la solidez doctrinal de teólogos y universitarios, muchos cercanos e influyentes en el Vaticano, que fundamentaron nada menos que el concepto de monarquía universal. Por esa razón perdió, en realidad, otra guerra de propaganda: la que en su tiempo no estaba planteada. Porque el rey acabó siendo un paradigma universal atemporal y, como tal, estuvo y seguirá estando expuesto al juicio y la polémica transhistórica en los amplios terrenos —políticos, religiosos, culturales— en los que se encuentran las más contradictorias y naturales pasiones. Con aspiraciones de neutralidad, decía Bertrand:

"la verdadera fisonomía (del rey) ha sido falseada y desfigurada por la reacción violenta de los fanatismos que el suyo había exasperado".^{42[42]}

Un juicio cabal que, sin embargo, le llevaba a otro retóricamente derrotista:

"culpable por anticipado (...), un perpetuo acusado, diga lo que quiera, haga lo que quiera, no puede ser sino culpable y debe ser condenado siempre sin vacilación".^{43[43]}

3. Arquetipo, cultura, norma.

No es en la escuela donde únicamente se aprende historia ni, desde luego, se aprende sólo en los libros de historia. Por medio suele estar una labor sintetizadora y compiladora que va transformando la *gran* historia de las publicaciones de resultados de investigación, de ideas y nociones nuevas vertidas por los historiadores, y la reduce *didácticamente* a diferentes *medios de expresión*. Estos han sido numerosos y de muy variopintas formas: cartillas de lectoescritura, dibujos, álbumes de cromos, canciones, narraciones infantiles y juveniles, lecturas sagradas, misiones y sermones religiosos, agudezas de calendario de pared, aniversarios y efemérides en prensa, temarios de

Boix, 1844.pp VII y VIII.

^{42[42]} BERTRAND, L., op. cit., p. 13.

^{43[43]} *ibid.*

oposiciones, y hasta manuales de urbanidad y, ¡como no!, de la vieja Formación del Espíritu Nacional. La mayoría de los variopintos autores procedían de profesiones que nada tenían que ver con la historia y, sin embargo, sus obritas llegaban a donde era imposible que pudiera haber una edición de Lafuente, Ballesteros, Altamira o del mismísimo Menéndez Pelayo; algunos de los divulgadores, en el mejor de los casos, eran catedráticos de instituto, maestros, inspectores de enseñanza, pero otros eran abogados, peritos mercantiles, militares, funcionarios de correos, sin olvidar los aficionados a la literatura, los "deleznables autores en trance de contar los 'crímenes' de Felipe II o de Richelieu", que "satisfacían públicamente el deseo de leer folletines" de serios e importantes varones^{44[44]}.

Las ideas procedentes de la *gran* historia se convertían en estos escasos y breves libros en arquetipos condicionados por diferentes razones. La edad a la que se destinaban —se vertían conocimientos históricos incluso en los libros de párvulos— era uno de los más importantes. Los textos infantiles del prolífico vendedor de libros, el inspector de Enseñanza Primaria, Agustín Serrano de Haro^{45[45]}, son una prueba de su adecuación didáctica:

El rey Felipe segundo

quiere estar siempre ocupado

en sembrar en todo el mundo

el evangelio sagrado

O estos otros ejemplos:

"Don Felipe era un rey muy serio, pero era muy bueno. Como mandaba en tantas tierras y en tantas gentes tenía que trabajar muchísimo: siempre estaba trabajando el rey. Y junto a él su mujer y sus hijitas las princesillas Isabel Clara y Catalina que recogían los papeles escritos por su padre y los llevaban a los secretarios"

Para la misma tierna edad se daba esta explicación sobre los "salvajes" americanos,

^{44[44]} CARO BAROJA, J., *op. cit.*, p. 10.

^{45[45]} Por ejemplo, su *Yo soy español* de la Biblioteca del Párvulo llevaba en 1961 24 ediciones. Otro, para mayores, *España es así*, ya llevaba 12 en 1949.

"tan feroces que se comían unos a otros y hasta engordaban a los niños para las matanzas, lo mismo que hacemos nosotros con los cerdos".^{46[46]}

En otra obrita, ésta para mayores, *España es así*, el autor despachaba en unas líneas el perfil de Felipe II, un rey que supo "mantener firmemente la unidad y grandeza de España y hacer que fueran siempre respetadas la justicia y la autoridad", y a continuación, para cerrar la página, ponía en mayúsculas: "España, una, grande, libre".

Otros autores utilizaban las "vidas ejemplares" con notable tino poético. El maestro Alejandro Manzanares, que dedicaba uno de sus libritos a "los muchachos de las escuelas de España, nietos y descendientes del linaje de los más insignes varones castellanos", se entretenía en narrar la edificante muerte de Felipe II con las tintas más lúgubres, adornándola con todo lujo de detalles: el rey quiso que los médicos lo llevaran al sepulcro en vida, recibió la Sagrada Hostia, dijo "ahora" en el momento de morir, pidió perdón, etc.^{47[47]} Lo mismo hacía, por ejemplo, Mariano Tomás, un escritor que ya había dado a la luz títulos como "La florista de Tiberiades", "El anillo de Esmeralda", "Vida y desventuras de don Miguel de Cervantes". En *su* Felipe II, dedicado a "los hijos de Italia que cayeron cara al sol... y a los hijos de España que dieron su vida por la Roma Imperial de César y Trajano", se puede leer:

"Con la aurora, como estrella empujada por el nuevo sol hacia el misterio de los cielos, se eleva y vuela el alma de don Felipe. Abajo, en la iglesia del convento, los niños del coro son alondras que vienen a anunciar el día nuevo con sus gorjeos, en la misa del alba..."^{48[48]}

En el terreno político y religioso, las exageraciones cometidas venían siendo notables, como hemos visto, pero nunca llegaron a ser tan grotescas como durante el Franquismo. Para sorpresa de historiadores, ahí está indeleble un Séneca junto al yugo y las flechas, que ilustra uno de los sorprendentes libros de Giménez Caballero, para el que la hostilidad francesa contra España —y su primera defensa: los "protectores Pirineos"— empezaba ya en la propia "lucha" orogénica:

"las montañas de Francia, hirviendo en terremotos, quisieron invadir y despedazar el cuerpo, aún joven, trémulo e indefenso, de España. Pero las

^{46[46]} Yo soy español...

^{47[47]} MANZANARES BERIAIN, Alejandro, *Tu Patria, lecturas históricas para muchachos*, Madrid, 1957, 2ª edic. reformada y ampliada.

^{48[48]} TOMAS, Mariano, *Felipe II, rey de España y monarca del universo*, Zaragoza, ediciones Luz, 1938-III año triunfal.

Sierras castellanas reaccionaron en otro terremoto. Y del choque espantoso de esos dos ejércitos de roca y lavas, surgieron en medio, como barrera estratégica, los Pirineos".^{49[49]}

Algo parecido al geológico pensamiento de Ricardo del Arco que titulaba uno de los epígrafes del capítulo "*El símbolo del Escorial*": "Cuando España se mueve la tierra tiembla".^{50[50]}

Si exceptuamos lo grotesco —por ejemplo, esas "*Relaciones de España con la Providencia*" del ya citado Giménez Caballero, en donde Trajano, Teodosio, Carlos V y Felipe II se enfrentan ya con los "rojos"^{51[51]}—, en general, no suele haber sorpresas en lo referente a la influencia de la religión en la historia y, viceversa, de la historia en la religión, pues además de mediar la censura eclesiástica es muy frecuente que los autores se hicieran prologar por religiosos o que ellos mismos expresaran de antemano su intencionalidad. El caso más ejemplar es el que se encuentra en un manualito de grado medio de José Zahonero Vivó, en el prólogo del arzobispo de Valencia que dice pretender:

"hacer resaltar la influencia de la religión, la obra de nuestra Madre la santa Iglesia Católica, en la formación de nuestra unidad nacional y en la traza de nuestro destino en la Historia del mundo".

Antes de su bendición el arzobispo advierte:

"No son pocos los textos que, con visión torcida y resabios de racionalismo, han deformado en otros tiempos la mente de nuestro muchachos".^{52[52]}

^{49[49]} GIMENEZ CABALLERO, Ernesto, *España nuestra. El libro de las Juventudes Españolas*, Edic. de la Vicesecretaría de Educación Popular, Madrid, MCMXLIII, pp. 209 y 34.

^{50[50]} ARCO Y GARAY, Ricardo, *Grandeza y destino de España*, Madrid, Escelicer, 1947.

^{51[51]} GIMENEZ CABALLERO, Ernesto, *Relaciones de España con la providencia*, Madrid, 1949. ..."los rusos se llaman así "rusos", "roxos", rojos. Ya los cronistas del siglo IV hablaban de ellos como de "rutilus et flavus exercitus", ejércitos rojos", p. 67.

^{52[52]} ZAHONERO VIVO, José, *Curso de Historia de España, grado medio*, con prólogo de D. Marcelino Olaechea Loizaga, arzobispo de Valencia. Alcoy, Edit. Marfil, 1949.

En lo relativo a la intencionalidad política, todos los caracteres generales que las *leyendas negras* arrastraban desde el XIX fueron exacerbados tras la República. Rafael Valls ha visto una "amplia convergencia" entre

"las versiones realizadas por Menéndez Pelayo, por Maeztu, por los autores de los textos de bachillerato y por los falangistas de F.E.N. Su diferenciación respecto de la interpretación de (Modesto) Lafuente Vidal es muy considerable".^{53[53]}

En la mayor parte de los libritos se resaltan los lugares comunes del Régimen y se proponen, maniqueamente, las figuras históricas que los representan. La necesidad de sintetizar y de "extraer lecciones", generalmente de contenido político y religioso, destinadas a niños y a jóvenes —al margen de las intencionadas soflamas poéticas a lo Giménez Caballero— provocó pasajes realmente grotescos. Por citar algunos ejemplos, José L. Otaño achacaba el descubrimiento de América por los españoles al propio Dios "como premio a los ocho siglos de lucha por la Religión y por la Patria"; Borrás y Manfredi, en un librito editado ya por el Ministerio de Información y Turismo en 1962, provocaban un encuentro atemporal entre Franco, José Antonio y varios personajes imperiales en capítulos como "España a lo divino" o uniendo espiritualmente Covadonga, Lepanto y el cruce del estrecho por el general Franco; J. Beneyto decía que "el reino de Portugal fue ganado como el de los cielos, ayunando a pan y agua"; J.M. de Areilza y F. M. Castiella veían en todo "sed de misión" en 1941; Gil Serrano se refería a España como península "malamente llamada Ibérica" (remedando a Menéndez Pelayo) "que ya es designada por nuestras mayores eminencias en los campos de la Geografía y de la Historia con el nombre de Hispánica". El autor se intitulaba a sí mismo en la edición de 1976 (!) "educador y campeador hispánico".^{54[54]}

En casos extremos, se deslizaban mendacidades, por ejemplo, en uno de los muchísimos textos de Serrano de Haro en el que se afirma que "el idioma de

^{53[53]} VALLS MONTÉS, Rafael, *La interpretación de la Historia de España y sus orígenes ideológicos en el bachillerato franquista*, Valencia, ICE, 1983, prolog. de P. Ruiz Torres.

^{54[54]} OTAÑO S.M., José L., *Geografía e Historia de España, Curso de iniciación para Tercer Grado (8-9 años)*, Madrid, Edit. S.M., 1961. BORRAS, Tomás y MANFREDI, Domingo, *Momentos estelares de España, A los jóvenes de hoy*, Madrid, Ministerio de Información y Turismo, 1962. BENEYTO PEREZ, Juan, *España y el problema de Europa, Contribución a la historia de la idea de Imperio*, Madrid, Editora Nacional, 1942. AREILZA, José María de, y CASTIELLA, Fernando María, *Reivindicaciones de España*, Madrid, 1941. GIL SERRANO, Rafael, *Nueva visión de la Hispanidad por, ...educador y campeador hispánico (sic)*, Madrid, 3ª edic., 1976, año Santo Compostelano, con licencia del arzobp. de Madrid-Alcalá, (1ª en 1947). Un buen librito para contextualizar la labor propagandística de esta época, VALS TABERNER, Fernando, *Reafirmación espiritual de España*, Madrid-Barcelona, Edit. Juventud, 1939, Año de la Victoria. También de interés por la influencia del ideario falangista, especialmente de las ideas de Ramiro Ledesma, OLAGUE, Ignacio, *La decadencia española*, Madrid, 1950.

España se hablaba en todas las naciones^{55[55]} y se explica la decadencia del XVII porque

"los españoles dejaron de trabajar y aumentó el número de holgazanes y se fueron cerrando nuestras fábricas"^{56[56]}.

Pero, también hay rotundos campeones de la ocultación histórica, género manejado con perfección por Fernando Valderrama, maestro español en Marruecos, que logra redactar unos párrafos sobre el rey sin aludir a problemas religiosos, sin citar el asunto de los moriscos, sin esgrimir causas para la guerra de Flandes y contentándose con decir que la Invencible la destruyó una tempestad. Un caso único: el rey no suscita ni elogio ni crítica.^{57[57]}

Excepciones al margen, el papel que se le reserva a la figura de Felipe II, a su carácter y actuación personal, en este *género* es previsible; sin embargo, cuando desaparecen ciertos condicionantes —la edad, el lirismo, la didáctica, la religiosidad escolar, etc.—, todavía destaca más el uso del arquetipo moral en la conformación de la mentalidad. Entre los textos en los que más descarnadamente se demuestra es, sin duda, en los temarios de oposiciones. En una España de opositores, la del Franquismo, muchas academias particulares y diferentes "profesores" de extraña formación vivieron de la preparación de oposiciones para acceder a un variopinto mundo de cuerpos y escalas, para los que existían los célebres temarios que, casi para cualquier especialidad, debían reservar obligatoriamente una parte a la Historia de España. Registrados muchos en la Biblioteca Nacional, muestran hoy en la más absoluta de las síntesis lo que un cabo, un maestro, un guardia civil, un cartero, etc. debían aprender y contestar. En algunos casos es tal la brevedad que el propio autor dice de sus "apuntes": "están concebidos en los términos más lacónicos posibles". En efecto, en este caso, el autor, Intendente mercantil y funcionario de una caja de ahorros, de la personalidad de Felipe sólo dice:

^{55[55]} Giménez Caballero se había pronunciado también sobre temas filológicos de esta guisa: "es la lengua española la enviada por Dios a los hombres para entenderse mundialmente"; también: "el lenguaje catalán, enamorado de la lengua española como el rey Fernando de la reina Isabel, unió a ella su destino con el gran Boscán, y no se le ocurrió pensar en disputas ni divorcios. Quedando reducido como una especie de habla de oscuros payeses analfabetos."

"Lo mismo sucedió al lenguaje vizcaíno. Y al gallego. Y al valenciano. Pronto comprendieron que no había más que una lengua posible para España y para el mundo: la española". *España nuestra...*, pp. 117 y 143.

^{56[56]} *Yo soy español...*

^{57[57]} VALDERRAMA MARTINEZ, Fernando, *Historia de España, adaptada a la Escuela Marroquí*, Tetuán, Editora Marroquí, 1956, 2ª edic.

"Como hombre fue muy culto y mostró en muchas ocasiones una grandeza de alma poco común; se le echa en cara su excesiva dureza."^{58[58]}

En general, los temarios destacan lo que podríamos definir como proximidad al espíritu del cuerpo; en el caso de los militares y guardias civiles —escojo el temario de la Academia Faro—, es más acusado: se destaca que el rey fue "Patriota", que tenía "un claro concepto de lo que debía ser España como Imperio" y que "estuvo en todo momento identificado con los intereses y sentimientos nacionales" y defendió la "maravillosa unidad de la Patria". Algunos errores —"en el Mediterráneo luchó contra el periodo turco"— y ocultaciones —no hay Pérez ni Eboles ni moriscos— no empañan frases como ésta:

"El duque de Alba desde Italia realizó una magnífica marcha con todo el ejército hasta Bruselas donde estableció el famoso Tribunal de la Sangre y se cubrió de gloria en el sitio de Harlen".^{59[59]}

El Magisterio español, que mantuvo sus temarios hasta los setenta, algunos con pocas variaciones, reivindicaba abiertamente la figura del rey —en 1960, L. Hierro, abogado, expresamente, en todo un epígrafe titulado "vindicación de Felipe II" —; frecuentemente se invocaba el argumento de la contraleyenda realizada en el extranjero —también el de la Academia Faro, edic. de 1970— o la nueva visión que tenían sobre el rey los propios americanos que reconocían los beneficios de la colonización. Hay casos curiosos, por ejemplo, L. Hierro fija lo que costó El Escorial en veinte millones de pesetas "cantidad fabulosa para aquella época".^{60[60]} En general, se habla más de la política exterior y suele haber olvidos frecuentes de los problemas internos, Pérez, D. Carlos, con propensión a no tocar los problemas aragoneses, no citar a Lanuza por ejemplo, si no es para a continuación magnificar que así se asentó la autoridad real.

Frecuentemente no hay ni siquiera una lógica cronológica, de manera que el discurso va de uno o a otro de los hechos descolantes. A manera de ejemplo:

"Los moriscos de Las Alpujarras —inadaptados a la vida española— provocaron una sublevación" (...) "La nobleza flamenca apoyada por Alemania

^{58[58]} IDIGORAS, José Andrés, *Contestaciones al cuestionario de Geografía e Historia del programa oficial de oposiciones a las Cajas de Ahorros y montes de Piedad*, Bilbao, 1964

^{59[59]} *Historia de España, Curso de Aspirantes a Oficial de la Guardia Civil*, Madrid, Academia Faro, s.f. (1963), vol. IV

^{60[60]} Cfr. HIERRO, Liborio, *Geografía e Historia de España para oposiciones a ingreso en el Magisterio nacional*, Madrid, 1960. *Historia de España y Universal. Oposiciones al Magisterio*. Academia Politécnica Nacional Faro, Madrid, 1970.

e Inglaterra cometió tales excesos que Felipe II se vio obligado a emplear la fuerza".^{61[61]}

En definitiva, como ha dicho García Cárcel, "la leyenda negra hay que hacerla depender en definitiva de una política como la española, imperialista en lo político, delirante en lo religioso, torpe en la fabricación de su propia propaganda".^{62[62]} Pero, también sumamente eficaz en la conformación de una mentalidad popular histórica, única, irrepetible y duradera: una mentalidad perteneciente afortunadamente al pasado y que, no sólo por eso obviamente, forma parte de las obligaciones, no menos interesantes, del historiador actual.^{63[63]} Y no precisamente porque Felipe II sea "a normal man" como irónicamente ha titulado I.A.A. Thompson su crítica en la prensa inglesa a la biografía de Kamen. Pero, ya hemos visto que el rey, *materia histórica*, suscita menos interés, en definitiva, que la periódica *obligación* de "ponerlo al día".

^{61[61]} *Historia de España para aprendices. Publicaciones de la RENFE para la Formación Profesional de sus agentes*, Madrid, 1959, 3ª edic.

^{62[62]} GARCIA CARCEL, R., *La leyenda negra, Historia y opinión*, Madrid, 1992, p. 215.

^{63[63]} Un ejemplo de la *nueva* didáctica: "Sin embargo, no pienses que toda Europa desde el siglos XVI al XIX ha encontrado en el atacar a los españoles su única preocupación e interés (...) A veces, el que haya interesado más de lo normal, atrayendo y fascinando, ha servido para dar esa visión romántica —tan falsa como la de la Leyenda Negra— en la que lo grande de España eran sus raíces árabes, su nomadismo gitano, su flamenco y sus guitarras... y la paella". ALVAR, Alfredo, *La leyenda Negra*, Madrid, Akal, 1997.